

JUAN JOSE LOPEZ IBOR

LA EMIGRACION DEL CAMPO A LA CIUDAD

A T L A N T I D A
REVISTA DEL PENSAMIENTO ACTUAL

Vol. IV. Núm. 20

Marzo-Abril 1966

JUAN JOSE LOPEZ IBAÑEZ

LA EMIGRACION
DEL CAMPO A LA CIUDAD

ATLANTIDA
REVISTA DEL PENSAAMIENTO ACTUAL

Madrid - 1944

Vol. IV. Núm. 30

La industrialización de la sociedad actual ha acelerado el proceso de la migración interna. El campo se despuebla y los campesinos acuden a las zonas industriales, dentro o fuera del país o a las zonas urbanas, aunque no sean industriales.

La dinámica actual de las comunidades rurales está *sobredeterminada* por esta acción a distancia del proceso de industrialización. Y esta es la cuestión más importante a mi modo de ver: la de estudiar hasta qué punto está cambiando la dinámica tradicional de las comunidades rurales sometidas a este impacto del desarrollo industrial y del crecimiento de las grandes ciudades.

Esta emigración provoca una serie de fenómenos psicológicos y psicopatológicos del mayor interés. Repetidas veces se han descrito las *depressiones por desarraigo*. Yo mismo me ocupé de ellas en el Simposio de Milán (1963) sobre emigración.

Esquemáticamente, dos son los modos de reaccionar del ser humano ante el hecho de emigrar de su lugar de residencia: unos reaccionan en forma de *depresión asténico-hipocondríaca* y otros en forma de *delirio de referencia*. El que

la reacción curse por uno u otro cauce influye, indudablemente, la propia personalidad del enfermo; pero también influyen de un modo decisivo otros factores que dependen del medio ambiente.

Con frecuencia, cuando el sujeto emigra a un país de lengua y de mentalidad desconocida para él, la reacción se hace en el sentido del delirio de referencia. Ya se describió por los psiquiatras clásicos una forma paranoide por desconocimiento del lenguaje donde se vive. Los mecanismos psicopatológicos que intervienen en este hecho son análogos a los que producen la paranoia de los sordos. La moderna psicopatología es mucho más fina y evita el empleo de reacción paranoide para estampillar estos cuadros, probablemente porque la aceptación de tal designación presupone a su vez la aceptación de una constitución previa —constitución paranoide— sobre la que florezcan tales cuadros. Prefiere, por consiguiente, hablar, en estos casos, de *delirio sensitivo de referencia*. El enfermo nota una desconfianza en torno suyo, las gentes le miran u observan como si fuese un bicho raro, dicen palabras menospreciativas en voz baja. A veces, en tal palabra, la alusión es muy

indirecta y retorcida. Un enfermo oía cómo decían que era un buen mozo, pero esta alabanza de su físico excelente se hacía, sin duda, por atribuirle una propensión homosexual. En uno de mis enfermos el delirio desapareció en cuanto puso el pie en tierra española, para reaparecer en cuanto oía hablar inglés, aun en España. Algunas veces el cuadro cuaja tanto que hace pensar en una esquizofrenia. Sin embargo, tanto la evolución del cuadro, con remisión completa al poco tiempo dejando intacta la personalidad, como el análisis depurado de la sintomatología permiten excluir el caso del círculo esquizofrénico.

Lo importante en el desencadenamiento del cuadro clínico es la extrañeza del ambiente. Lo mismo puede ocurrir en los casos de traslado del campo a la ciudad. En nuestro servicio hospitalario vemos con frecuencia estos casos en las muchachas de servicio que vienen a la ciudad. Con frecuencia se trata de personalidades primitivas. En otros casos existe una ligera debilidad mental, pero ambas circunstancias no son las determinantes del cuadro. En el caso de los estudiantes no se da ninguna de ellas. La estructura referencial se monta sobre una experiencia angustiosa primaria. El hombre vive en su mundo. Las fronteras del mundo personal son variables. Si se pierden las raíces entroncadas en él, el hombre se angustia. En la angustia siempre hay una quiebra del sistema de referencia del hombre con su mundo.

El otro tipo de reacción es más frecuente en los casos de inmigración interna. No hay cambio de idioma, pero sí un cambio en lo que podríamos llamar

atmósfera vital. El hombre se encuentra enraizado en su hogar.

No hay que olvidar la situación del hombre como ser vivo. Según Portmann los animales son *nidícolas* o *nidífugos* de acuerdo con sus exigencias en relación con la estructura biológica donde nacieron (nido-madre); el hombre participa de ambos caracteres. Viniendo al mundo como ser inacabado, con instintos imperfectos, necesita de la protección parental en grado mayor que otras especies. Pero ese mismo incabamiento de su vida instintiva supone una apertura que le permite crear a cada ser su propio mundo. Este grado de apertura varía mucho según los individuos y las circunstancias vitales e históricas de cada cual.

El hecho es que, en determinados casos, el cambio de su medio habitual produce una experiencia singular que en ciertos casos nos aparece como patológica. Para algunos basta mudar de casa, para otros mudar de ciudad o trasladarse del campo a la ciudad; finalmente, en otros, solo resulta traumatizante el cambio de país. Todo depende de la mayor o menor amplitud de sus propias fronteras vitales. También se da en el hombre el fenómeno inverso: el que necesita cambiar porque la permanencia en el mismo lugar le aprisiona como el espacio cerrado al claustrofóbico.

En algunos seres humanos la inmigración opera por los mecanismos psicológicos y psicopatológicos del desarraigo. De todos modos es curioso que actualmente los cuadros clínicos del desarraigo sean de carácter asténico-hipocondríaco. Tal cuadro aparece también en muchos emigrados, por ejemplo en

los trabajadores italianos o españoles en Bélgica o Alemania. La diferencia de lenguaje y de medio están mitigados por la presencia de los compatriotas; pero esta presencia no basta y el sujeto se encuentra con una incapacidad para el trabajo con los mismos rasgos clínicos que vemos en los casos de inmigración en el interior.

En España se observa, como en muchas otras partes, una inmigración del campo a las ciudades. La elevación del nivel de vida se produce a medida que progresa la industrialización. Madrid, por ejemplo, que antes de la guerra civil era una ciudad poco industrializada, se ha convertido en uno de los núcleos industriales del país y ha provocado una continua inmigración, aparte naturalmente de la inmigración natural que supone el ascenso en la escala administrativa de una Administración centralizada como es la española. El aumento de nivel de vida supone un cambio en el estilo de vida, con aspectos positivos y negativos. El negativo consiste en la ruptura de lo que el antiguo medio familiar tenía de tradicional y protector. A esa protección sucede, en la sociedad industrializada, otra más eficaz en cuanto a rendimiento, pero menos jugosa en el aspecto vital. La atmósfera vital nueva con la que se encuentra el inmigrado en su nuevo puesto en la fábrica no es tan nutritiva de su sentimiento vital como la antigua.

Estos hechos psicopatológicos nos obligan a pensar que el cambio de las zonas agrícolas a las industriales lleva consigo una mutación del espacio vital más profunda de lo que parece. Los Gobiernos de varios países han emprendido una po-

lítica de colonización interior de gran alcance, por ejemplo, el Plan del Mezzogiorno en Italia y el Plan Badajoz en España. Estos planes se hallan concebidos atendiendo, sobre todo, a las circunstancias económicas; pero esto es solo un punto de vista, ya que el problema de la emigración del campo a la ciudad no es solo económico. Con mayor agudeza aparece su estructura antropológico-cultural cuando la mutación campo-ciudad se hace sobre el propio terreno como ocurre con muchos planes que se están poniendo en práctica en los países subdesarrollados, como sucede en Africa.

Es lógico pensar que la emigración está determinada por el deseo de mejorar las condiciones de vida. Las zonas industriales ofrecen salarios más altos y más seguros, no sujetos a los ciclos de los cultivos como ocurre en las zonas agrícolas; pero otras razones debe haber en este proceso cuando la emigración no solo es de los obreros, sino también de los propietarios. Y si se considera el fenómeno con una mayor perspectiva histórica, se da uno cuenta de que ya se inició hace muchos años con la inmigración a la ciudad de los grandes propietarios.

El profesor Alivisatos, en la alocución inaugural de la Reunión de la Federación Mundial para Salud Mental, en agosto de 1964, llamó la atención sobre la "otra cara de la medalla" en el proceso de industrialización. La industrialización masiva, dice, se ha transformado en dogma y su axioma, impuesto sin discusión, es una forma de oscurantismo. La producción agrícola está sometida, entre otras cosas, a los caprichos

meteorológicos. Un año malo, al cual se agregue una superproducción industrial, llevará a una baja catastrófica de los precios de los productos fabricados. Por otra parte, no será posible asegurar una coordinación entre el ritmo de vida y la capacidad de consumo, por el hecho del aumento de las exigencias de la vida y de las posibilidades de hacerlas frente, de tal manera que toda la producción pueda ser absorbida, dejando un margen de provecho para poder continuar. Esto producirá, forzosamente, un descenso en el consumo, una sobresaturación del mercado, el paro y sus consecuencias habituales, es decir, estados de ansiedad y otros trastornos psíquicos, neurosis, etcétera.

Por todas estas razones resulta interesante el estudio de la dinámica de las comunidades agrarias. Hay en ella elementos permanentes y otros accidentales. Los elementos permanentes derivan de las propias características de la vida del agricultor. Ya Bismarck llamó la atención sobre este hecho en su discurso en el Reichstag del 18 de mayo de 1889. A uno de sus viejos amigos, campesino inmigrado a Berlín, le preguntó por las razones del abandono del campo. Este le respondió simplemente, "porque me gusta sentarme al aire libre y beber cerveza". La respuesta no puede ser más paradójica. ¿Es que no podía sentarse al aire libre y beber cerveza en su pueblo? Por eso, cuando se pretende apaciguar el proceso migratorio instalando una televisión en el hogar del campesino o en el casino de la aldea y mejorando sus salarios o las condiciones

económicas de su vida, algo se escapa y el sistema fracasa. No hace muchos días me contaba un amigo escritor, que conoce muy bien la vida de la pequeña aldea donde nació, cómo la instalación de la televisión en una pequeña sala del Ayuntamiento, en lugar de frenar, había acelerado el proceso de abandono de la aldea, sobre todo por los jóvenes. La televisión les mostraba el "otro mundo", el de la ciudad, como "un mundo mejor".

Podemos decir que la industrialización se halla en la línea histórica del presente y que precisamente los jóvenes tienen una especial sensibilidad para ella. Esta afirmación puede ser cierta, pero oculta la complejidad del problema. La ciudad es un producto de las culturas superiores. Ya en otras civilizaciones se ha producido un hecho parecido. Al llegar a su cumbre —y aproximarse a su declinar— los campos se han vaciado, las ciudades han crecido hasta que al fin, las aldeas han desaparecido al morir aquel ciclo cultural. Las civilizaciones son mortales, como decía Valéry y el signo ominoso que expresa su declinar consiste en el predominio excesivo de la civilización urbana sobre la campesina. El proceso de desraizamiento de la vida del campo o el proceso de "destrribalización" de las comunidades primitivas tiene, evidentemente, una cara negativa.

La propaganda del desarrollo y de la industrialización lleva a modificar la vida moral de los países en vía de desarrollo. El campesino llega a sentir la vergüenza de su trabajo; no solo es insuficiente sino que lo considera degradante e indig-

no. La aristocracia en el mundo del trabajo está en otra parte y, sin embargo, aun suponiendo que la agricultura no fuese necesaria para la obtención de alimentos y que estos pudiesen obtenerse sintéticamente, estaríamos frente a un gravísimo problema, si es que esta posibilidad de fabricación sintética de alimentos llevase a abandonar el cultivo de la tierra. El mundo inorgánico se enriquece con la ayuda y esfuerzo del mundo vivo; por consiguiente, no deberíamos dejar la tierra arable presta a la erosión que la llevaría al mar, cuando una multitud de cuerpos químicos indispensables a la vida se encuentran justamente en las capas superficiales del suelo.

En su medio de origen el campesino vive en una atmósfera vital llena de un conjunto de amistades y de tradiciones, aun de tabús. La trama familiar es la que cobija lo que hoy cubre la seguridad social, y si es cierto que muchas veces se producen grandes huecos en esa trama familiar, también lo es que no aparecen los fenómenos de carencia afectiva y de dificultad de comunicación que van implícitos en toda organización de seguridad social que afectan al hombre masa. La falta de esta atmósfera es la que crea los desequilibrios sociales, como la prostitución, el alcoholismo y los trastornos mentales.

A este fenómeno de desraizamiento es al que se le llama hoy día en los países de Africa "destrribalización". Se ha creado un hiato entre dos mundos. Es cierto que el paso de la tierra a la máquina es irreversible en nuestro tiempo; pero también lo es que la técnica de la asistencia social no ha podido to-

davía rellenar los poros que constituían el tejido social en las sociedades agrícolas más primitivas.

La obliteración de la tradición significa la desradicación brutal de todos los elementos morales, afectivos y sociales que tienen un valor, si no eterno, al menos fundamental en la razón de ser de todo pueblo y de toda nación. Cualquier hombre de pensamiento sano puede concebir la enormidad del choque mental que sufren una sociedad y un pueblo, cuando son bruscamente cortados de todo contacto con el pasado y cuando se les impone por la fuerza, no importa qué elementos espirituales, morales, sociales, artísticos y aun políticos que le son extraños.

¿Pero, en qué consiste ese modo de ser humano que llamamos agricultor? El hombre se mueve siempre entre dos polos, el de la seguridad y el de la independencia o libertad. El niño busca ante todo seguridades. Las necesita, no solo en el sector material sino en el afectivo. La privación afectiva le daña, el proceso de maduración consiste en adquirir independencia, para lo cual necesita aceptar ciertos riesgos. No hay libertad sin riesgo. El desarrollo normal de la personalidad humana necesita de ese riesgo y de esa libertad, puesto que de lo contrario se anula, se anonimiza. La personalidad neurótica vive fuera de sus inhibiciones, renunciando a los azares y goces de la vida, para no desprenderse de seguridades que la infantilizan.

Estos principios se hallan anclados en la naturaleza humana. No son renunciabiles. Y por hallarse anclados en ella con-

forman también la vida del hombre en comunidad. El progreso del mundo actual permite ofrecer al hombre una serie de seguridades de que *antes* carecía: seguridades en el trabajo, seguridad en el suministro, en la vivienda, en las distracciones, en la asistencia social. Pero toda seguridad no puede hacerse más que mediante una reducción de los azares. La importancia de la estadística en el establecimiento de esas seguridades es inmensa. El hombre goza de ellas en tanto vive organizado. La organización de la ciudad lleva a la gran ciudad, que crece cada día y ofrece al hombre un bienestar mediocre, pero seguro, en el que los riesgos se reducen al mínimo. Dejemos ahora aparte la presencia de otros riesgos como consecuencia ineludible de ese fenómeno, por ejemplo: en las zonas de países africanos en vías de industrialización, aumentan el alcoholismo, el crimen y la prostitución, como he dicho antes.

Pero no abandonemos la línea fundamental expositiva. El hombre vive seguro y organizado en la gran ciudad, para ello tiene que suministrar su rendimiento en su trabajo por ser también lo más seguro y cuantificado posible. Que la especialización lleva, forzosamente a la monotonía, es cuestión aladaña, que no conviene olvidar.

Es decir, el hombre actual ha realizado un gigantesco proceso de emancipación de los azares de la naturaleza; pero ese gigantesco esfuerzo le lleva, fatalmente, por ciertos derroteros cuyos inconvenientes no dejan de verse. Quiérase o no, este proceso lleva a lo que graciosamente un autor ha llamado el "estado-papá"

El paternalismo ha sido sustituido por Leviathan; lo importante es que el hombre actual lo busca y lo desea. Ahí ve la clave del progreso.

Si esto es así ¿cómo sorprenderse de que el campo se despueble? Bien sabido es cómo en los países muy industrializados el campo necesita de la protección económica de la industria. ¿Por qué se despuebla? Porque para el hombre actual, la idea del progreso no está ahí, sino en el progreso técnico, en la industria, en la vida ciudadana y en las instituciones políticas que la consagran. Frente a estos hechos el campo es retardado y retrógrado.

Creo que es un error pensar que las conocidas estructuras del mundo rural con su paternalismo, vida y economía familiar, contacto social abundante, fusión con la atmósfera vital, contacto con la naturaleza, sumisión a la ley incierta de la tierra, etc., deban considerarse completamente superadas e innecesarias en el mundo del futuro. Mucho hay de retrógrado —históricamente considerado— en ese mundo; pero también mucho de humano. Lo importante sería encontrar los caminos para hacer, como en la cura neurótica, una transferencia vital de los valores primarios de la sociedad campesina, de aquellos que son auténticamente humanos, a los nuevos valores de la sociedad industrial. El hombre masa es un producto de la sociedad industrial contemporánea. ¿Es que esta va a ser una forma permanente de "alienación"? ¿Es que la historia, es decir, el hombre mismo no es capaz de crear y elegir otro modelo?

JUAN J. LÓPEZ IBOR